EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA VECINA
DE ENFRENTE,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JAVIER G. DE LAMADRID.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1878.

16

AUMENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Bodas trágicas	1	D. José Echegaray	Todo.
Como se empieza	1	Miguel Echegaray	»
Contra soberbia humildad	1	José del Castillo	»
El afan de bullir	1	Mariano Chacel	»
El amor y la sotana	1	J. y Tomás de Asensi	»
El arte de ser feliz	1	José Hernandez	»
El sargento y el patan	1	Cárlos Calvacho	»
El secreto del tio	1	Manuel Ossorio	»
El tio Anguilla	1	Antonio Rodriguez	»
Enmendar la plana á Dios	1	E. Zamora y Caball.º	»
Entre dos Manzanos	1	Mariano Chacel	»
Jugar con la misma carta	1	Tomás de Asensi	»
La bruja Celestina	1	Cárlos Calvacho	»
La locura de amor	1	E. Z. y Caballero	»
La más preciada riqueza	1	Franc. Flores García	»
La perra de mi mujer	1	J. Jackson Veyan	»
La vecina de enfrente	1	J. G. de Lamadrid	»
Las dos bellezas	1	Leopoldo Parejo	»
Los sustos	1	Antonio Rodriguez	»
Llevar la corriente	1	F. Flores García	»
Peor que mi suegra	1	Eduardo Navarro	»
Quedarse zapatero	1	Ednardo Guillen	»
Quiebras del oficio	1	P. M. Barrera	»
Una chica alemana	1	E. de S. Fuentes	»
Una palabra empeñada	1	M. Baquero	»
Un defecto	1	Franc. Flores García	»
Vaya un viaje	1	Pascual y Cuellar	»
¡Al santo, al santo!	2	M. Echegaray	»
Bueno como el pan	2	E. C. Navarro	»
Curarse de mal de suegra	2	M. Vallejo	»
La filoxera del poder	2	Mariano Chacel	»
La locura contagiosa	2	E. Zamora y Caballero	»
Algunas veces aquí	3	José Echegaray	»
Contra viento y marea	3	M. Echegaray	»
Correr en pos de un ideal	3	José Echegaray	»
Cuenca por Alfonso VIII	3	R. Borlado	»
El Doctor Diógenes	3	J. Zorrilla y Pacheco	»
El yerno del señor Manzano	3	E. Carbou y J. Martin y Santiago	»
Grandezas Humanas	3	J. A. Cavestany	»
La primera en la frente	3	Luis Pacheco	»

LA VECINA DE ENFRENTE.

LA VECINA DE ENFRENTE,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JAVIER G. DE LAMADRID.

Estrenado con aplauso en Madrid, en el Teatro de ESLAVA, la noche del 21 de Noviembre de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOFÍA........................	SRA. D.ª TRINIDAD VÉDIA.
PAULA........................	SRTA. D.ª DOLORES DIAZ.
EDUARDO....................	SR. D. RAMON MARISCAL.
PEPITO........................	SR. D. PEDRO R. DE ARANA.

La accion se supone en Madrid, en nuestros dias.

Á LOS DISTINGUIDOS ARTÍSTAS

QUE TOMARON PARTE EN EL ESTRENO DE ESTA OBRA.

Como testimonio de gratitud por el interés que en realzarla habeis demostrado, os dedico esta humilde produccion que nada vale en sí, pero á la que vosotros todos habeis dado vida, creando en vuestros respectivos papeles, tipos y caractéres que yo apenas supe bosquejar.

Gracias á Mariscal por su inteligente direccion: gracias á todos por sus esfuerzos en pro de una obra que nada merecía, y que si obtuvo un éxito lisonjero, lo debe únicamente á la magistral ejecucion que alcanzara.

Al consignar en esta página mi gratitud hácia vosotros, cumplo un deber, y obtengo en ello la mayor satisfaccion que este juguete pudiera proporcionarme.

Que vuestros nombres aparezcan unidos al nombre oscuro de

El Autor.

Madrid 27 de Noviembre de 1878.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada con puertas al fondo y á la derecha. Á la izquierda balcon practicable. Un sofá, un velador. Junto á la puerta del fondo un tirador de campanilla. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA.

Desde la puerta del fondo, dirigiéndose á una persona que se supone estar fuera.

Diga á madama Ernestina
que todo en suspenso quede
hasta nueva órden. Gracias.
Vaya usted con Dios.
(Baja al centro, examina un vestido de señora que habrá sobre algun mueble, le arroja al suelo con desden y sigue hasta el proscenio.)
¡Qué imbécil
es mi modista! ¡Si á ella
se le ocurre solamente
hacer para mí un vestido,
copia exacta del que tiene
esa mujer. (Llamando.) ¡Paula! ¡Paula!

ESCENA II.

SOFÍA y PAULA.

PAULA. Señora...
SOFIA. Inmediatamente
quita de aquí ese adefesio.
PAULA. Bien, señora.
SOFIA. No lo lleves
á mis cómodas.
PAULA. ¿Entónces...
SOFIA. Mira, Paula, si lo quieres
para tí, te lo regalo.
PAULA. ¿Sin usarle?
SOFIA. Sin ponérmele.
PAULA. ¡Ay, señorita! Es idéntico
al que estrenó la de enfrente
hace pocos dias!
SOFIA. Justo:
por eso tú estrenas este
el domingo.
PAULA. ¡Cuando vaya
á bailar con mi pariente
á la puerta de Bilbao?
SOFIA. Sí, sí.
PAULA. ¡Qué bien! ¡Me parece
que ya estoy puesta en el corro!
¡Qué envidia van á tenerme
mis paisanas! ¡Digo, digo!
(Examinando los adornos.)
SOFIA. Llévatelo pronto, vete
con él. Me ataca los nervios
el mirar sobre mis muebles
una cosa que recuerda
á esa... señora. ¿No entiendes?
Llévatelo.
PAULA. Muchas gracias.
(¡Qué majo!)
SOFIA. ¿Yo he de ponerme
ese disfraz?
PAULA. No señora,

de ningun modo.

SOFIA. Eso quede
para...

PAULA. Para las doncellas
como yo. ¡Pues!

SOFIA. Cabalmente.
Espera. ¿Quién ha venido
esta mañana?

PAULA. Tres veces
estuvo aquí... ¿Tres? No, cuatro.

SOFIA. Quién?

PAULA. El señorito Pepe.

SOFIA. ¡Bah, torpe! Yo te pregunto
si ha venido álguien.

PAULA. Ese...

SOFIA. Eso es un sietemesino,
una cataplasma, un mueble...
en fin, cualesquiera cosa.
¿Quién ha venido?

PAULA. Don Lesmes
el procurador, don Cástulo,
el que administra los bienes
de la señora...

SOFIA. Adelante.
¿Quién más?

PAULA. El señor de Céspedes ..

SOFIA. ¡Torpe! (Con marcada impaciencia.)

PAULA. El señorito Eduardo
de Albornoz.

SOFIA. (¡Ah!) (Con alegría.)

PAULA. (Me parece
que ya no me llama torpe.)

SOFIA. ¿Por qué no entró al gabinete?

PAULA. Se lo dije y no ha querido.

SOFIA. ¡Que no ha querido?

PAULA. (Le duele.)
Es muy probable que vuelva,
pues dijo que iba allá enfrente
á saludar á miss Mina:

SOFIA. (Oh!)

PAULA. ¡Vaya un nombre que tiene
raro la buena señora.

¡Miss Mina! Zape!

SOFIA. (Insolente!
¡Venir á comunicarme
que va á su casa!) ¿Tú crees
que visite á esa extranjera?

PAULA. ¡Toma! Si está casi siempre
al balcon de la vecina.

SOFIA. (¡Ah infame!)

PAULA. Segun parece
anda muy enamorado.

SOFIA. ¡Pero esa mujer, qué tiene
de particular?

PAULA. Es guapa.

SOFIA. ¡Bah! Regular solamente.
Mira, si don Eduardo
de Albornoz á casa vuelve,
dí que no estoy.

PAULA. Bien, señora.

SOFIA. No estoy para él.

PAULA. Corriente,
lo haré así. (Campanilla.)

SOFIA. Llaman.

PAULA. Yo creo
que es el señorito Pepe;
es decir, no es nadie. Justo. (Mirando foro.)

SOFIA. Dile que pase, y tú vete. (Váse Paula.)

ESCENA III.

SOFÍA y PEPITO, éste trae en la mano un enorme bouquet.

PEPITO. ¡Oh, celestial baronesa!
Usted siempre encantadora.
¿Cómo va!

SOFIA. Bien, muchas gracias.

PEPITO. Á mervell. Permita, hermosa,
que en prueba de amor purísimo...

SOFIA. ¡Jesus! (Viendo el ramo que la ofrece.)

PEPITO. Es pequeña, es corta,
muy corta expresion sin duda...

SOFIA. Vamos, muchas gracias, ponga
ese cargamento en sitio

que no estorbe.

PEPITO. (Dejando el ramo.) Sí señora.

SOFIA. ¿Cumplió todos mis encargos?

PEPITO. Todos los hice. (Se sienta.)

SOFIA. ¿Y alfombras,
encontró?

PEPITO. Traigo las muestras.
Vea qué lindas.

SOFIA. Horrorosas.

PEPITO. Buena calidad.

SOFIA. No quiero
nada de esto.

PEPITO. Bien, no importa,
las devolveré. (Se levanta.)

SOFIA. Devuélvalas.

PEPITO. Voy al instante por otras.

SOFIA. Vamos, Pepito, ya veo
que tendré que hacer mis compras
y mis encargos yo misma.
¿Dónde va usted?
(Viéndole tomar el sombrero.)

PEPITO. Á...

SOFIA. No corra.
¿Concluyeron el estrado?

PEPITO. Para dentro de tres horas
me ha ofrecido el tapicero
concluirlo.

SOFIA. ¿De qué forran
los sillones?

PEPITO. De reps lila.

SOFIA. ¡Lila?

PEPITO. Es el color de moda.

SOFIA. ¡Ay pobres sillones mios!

PEPITO. Pero si usted por su boca
me encargó que los forrasen
de ese color.

SOFIA. ¿Qué, hombre?

PEPITO. Hermosa
baronesa, le aseguro
que me dijo lila.

SOFIA. Ahora,
quiero reps azul celeste.

PEPITO. Bien, bien; si azul le acomoda,
se lo diré al tapicero.
(Es demasiado nerviosa,
pero su fondo es bellísimo.)

SOFIA. Siéntese usted. ¡Qué háy de modas?

PEPITO. De modas...

SOFIA. Ó de noticias.
de cualquiera clase.

PEPITO. Pocas
puedo contar.

SOFIA. Pero algunas...

PEPITO. Si no sé nada.

SOFIA. ¡Esta es otra!
Usted nunca sabe nada.

PEPITO. ¿Y qué he de hacer?

SOFIA. Hay personas
que tienen siempre algo nuevo
que contar.

PEPITO. Son muy dichosas,
pero yo...

SOFIA, Usted... Á usted, nadie
le saca de su monótona
é insustancial taravilla...

PEPITO. ¿Pero he de inventar historias?

SOFIA. No exijo tanto. Comprendo
que la inventiva no es propia
condicion de su carácter.

PEPITO. ¿Es culpa mia?

SOFIA, No.

PEPITO. Hermosa!

SOFIA. ¿Lo ve usted? Siempre lo mismo:
un reloj que da las horas...
tac... tic... tac... tic... tac... y luégo,
tac... tac... tac... tic. (¡Uf, qué cócora!)
Salga usted de su marasmo,
y en vez de esa calma heróica,
tenga usted siquiera faltas,
ya que siempre está de sobra.
¡No tiene usted, ni aun defectos!

PEPITO. ¿Y por eso me reprocha?...
¡Porque soy fino y constante
en servirla?

SOFIA. Es que me enoja
su constancia, que es la misma
de un muñeco de escayola.

PEPITO. Pero...

SOFIA. Si me sucediera
mañana cualquiera cosa,
si me viese en un peligro
grave...

PEPITO. Aquí estoy yo, señora,
que me sacrificaría
por usted.

SOFIA. Es muy dudosa
su abnegacion.

PEPITO. Pues si duda,
póngala á prueba.

SOFIA. Sí?

PEPITO. Póngala.

SOFIA. No quiero desengañarle,
y ademas, una señora
no exige pruebas. Al hombre
es á quien dárselas toca.

PEPITO. Yo adoro á usted, baronesa.

SOFIA. Pero sin que se conozca.

PEPITO. Ya se lo dije mil veces,
pienso en usté á todas horas,
me desvivo en complacerla
en cuanto me manda...

SOFIA. ¡Toma!
Eso cualquiera lo haría.

PEPITO. Sí, porque es usted hermosa...

SOFIA. Tic... tac... tic... tac... (¡Qué fastidio!)

PEPITO. ¿Pues de qué modo enamoran
los hombres de nuestro tiempo?

SOFIA. De una manera enfadosa,
pero no tanto, no tanto
como los pollos.

PEPITO. Pues oiga,
me portaré cual lo hacían
las de la Tabla Redonda,
ó diré como el Quijote:
«Mi dama es la más hermosa,
y al que lo niegue, lo ensarto

con mi cortante tizona.»
SOFIA. ¡Ah, já, já!
PEPITO. ¿Quiere usted eso?
SOFIA. ¡Qué ocurrencia tan graciosa!
¡Ah, já, já!...
PEPITO. Si le parece,
tambien cantaré una trova
debajo de sus balcones,
ó en la noche tenebrosa
descenderé hasta su estancia,
deslizándome cual sombra
por el cañon de la estufa.
SOFIA. Me parece bien.
PEPITO. Ahora,
no dirá usted, tiqui taque,
tiqui tac.
SOFIA. Digo otra cosa.
PEPITO. ¿Cuál es?
SOFIA. Nada, que le ruego
vaya á cambiar las alfombras.
PEPITO. Voy. (Tiene un fondo bellísimo,
pero es nerviosa, nerviosa.)
(Toma el sombrero y se detiene al oir el anuncio que hace Paula.)

ESCENA IV.

DICHOS y PAULA.

PAULA. El señorito Eduardo
quiere hablar á la señora.
PEPITO. (¡Mi rival!)
SOFIA. No estoy visible.
PEPITO. (¡Ah!) (Con alegría.)
SOFIA. ¿Cómo digo las cosas?
PAULA. Ya se lo he manifestado;
pero insiste en que le importa
hablar á usted un instante.
SOFIA. Dile que espere. Usted oiga.
(Váse Paula, y Pepito se acerca á Sofía.)
¿No me exigió que probára
su afecto?

PEPITO. Lo dije, hermosa.
SOFIA. Pues bien, ese caballero
que está esperando me enoja.
PEPITO. ¿Y qué quiere usted?
SOFIA. Que diga
á ese señor que no ponga
más los piés en esta casa,
porque quien trata á señoras
como la que vive enfrente,
no debe hacerme la honra
de pisar estos salones
ni dejar en mis alfombras
la arena que ha recogido
á las plantas de una acróbata.
Dígaselo así en mi nombre.
PEPITO. ¿Pero y si. . si se incomoda?
SOFIA. Mejor.
PEPITO. (Y me rompe un hueso.)
SOFIA. Eh?
PEPITO. ¿Qué hago yo si lo toma
á mal y coge algun mueble
y...
SOFIA. Déjelo usted, no importa.
PEPITO. ¡Ah! No!
SOFIA. Queda usté enterado?
PEPITO. Perfectamente.
SOFIA. Hasta ahora.
PEPITO. Á sus piés.
SOFIA. ¡Ah! En despidiendo
á ese caballero, corra
á que forren el estrado
con reps azul.
PEPITO. Sí señora.
(Váse Sofía por la derecha.)

ESCENA V.

PEPITO.

Durante el siguiente monólogo, y segun lo marca el verso, cierra el balcon y abre todas las demas puertas.

Héme aquí comprometido

en el arriesgado trance
de plantar á un caballero
de patitas en la calle.
¡Vaya un encargo! ¿Y si el prójimo
gasta mal genio y me hace
salir por ese camino? (El balcon.)
Cerraré bien los cristales:
así. Cualquiera diría
que don Pepito es cobarde,
y la verdad, tengo miedo,
pero un miedo formidable
á mi rival. Es muy bruto,
y tomaré para hablarle
todas cuantas precauciones
se encuentren á mis alcances.
Cerrado el balcon, no puede
hacer que sin gana ensaye
el salto mortal. Es cierto
que si le da por tirarme
una silla á la cabeza...
Bah! El peligro no es tan grave
como el otro. Mientras coge
la silla logro escaparme
á todo correr. Sí, eso:
abriré las puertas, y ántes
de que haya cogido el mueble
me evaporo como el álcalis.
Así. Ya no temo á nada,
que los buenos generales
asegurando la huida
sus reputaciones hacen. (Tira del llamador.)
Ya estoy caballero en plaza.
Ajá, el sofá por delante.
(Se coloca entre este mueble y la puerta.)

PAULA. Llama usted?

PEPITO. Dí al señorito
don Eduardo que pase. (Váse Paula.)
Ahí viene el toro: tomemos
una postura arrogante,
pero sin dejar las tablas.
¡Él! ¡Santa Rita me ampare!

ESCENA VI.

PEPITO y EDUARDO.

EDUAR. ¡Hola, señor don Pepito!
¿Qué tal?
(Va á darle la mano y Pepito se corre al otro extremo del sofá.)
PEPITO. Oh, perfectamente,
gracias.
EDUAR. ¿Y tan consecuente?
PEPITO. ¡Pues!
EDUAR. Lo celebro infinito.
¿Pero qué hace usted ahí
detrás?
PEPITO. Nada. (Estoy al quite,
no sea que al primer embite...)
EDUAR. ¿No está la señora aquí?
PEPITO. (Hoy me dan la Extrema-Uncion
si bien el bulto no guardo.)
Pues... mi querido Eduardo,
tengo la satisfaccion...
es decir, tengo el pesar...
EDUAR. Eh?... ¿Qué?... Concluya.
PEPITO. Al momento.
Pues me cabe el sentimiento
de... (De que me va á matar.)
EDUAR. Vamos, dónde está Sofía?
PEPITO. La viudita?
EDUAR. Sí señor.
PEPITO. Siéntese usted, por favor.
(Aquí de mi sangre fria.)
EDUAR. Hombre, me hace usted reir
dando vueltas al sofá.
Estése usted quieto ya
y acábeme de decir
lo que le estoy preguntando.
¿Dónde está la baronesa?
PEPITO. Pues ¿hablarla le interesa?
EDUAR. Sí, debe estarme esperando.

PEPITO. No señor. (Ya la solté.)
EDUAR. ¿No me espera?
PEPITO. No está en casa.
EDUAR. ¿Cómo que no?
PEPITO. (Á que me pasa.)
No está en casa para usté.
EDUAR. Ah!
PEPITO. ¿Comprende, comandante?
EDUAR. Sí, por Dios; está muy claro.
(Aunque me parece raro.)
¡Ah, já, já!...
PEPITO. (¡Y se rie!...)
EDUAR. ¡Qué plante!
¡Ah, já, já!... No cabe duda,
la víudita está de broma.
PEPITO. Pues si por broma lo toma...
EDUAR. ¡Es el diablo esa viuda!
¡Ah, já, já, já!
PEPITO. ¡Qué contento
le ha puesto á usted la noticia!
EDUAR. Sí señor, en la milicia
no gastamos fingimientos.
Venga usted acá, primor,
y explíqueme aquí sin guasa
por qué me echan de la casa.
¿Lo sabe usted?
PEPITO. Sí señor,
pero yo nada influí
en semejante medida;
se lo juro por mi vída.
EDUAR. Bueno, ¿qué me importa á mí?
Venga el motivo, cuál es?
PEPITO. Que trata usted con personas
de cierta clase...
EDUAR. ¿Amazonas
del Circo Olímpico?
PEPITO. Pues.
Esa famosa miss Mina...
EDUAR. ¿La baronesa ha notado...
PEPITO. Que anda usted enamorado
de la forzuda vecina.
EDUAR. Pero por Dios, qué he de hacer

cuando en no amarme se empeña
la viudita? Es una breña
su corazon.

PEPITO. Puede ser,
pero pobre porfiado...

EDUAR. ¡Quítese allá! Me da cólico
pensar que el amor platónico
me hubiera á mí dominado.
Ese amor, mi buen amigo,
para usted puede quedar,
que yo no sé suspirar
si no suspiran conmigo.
No estoy por sufrir desdenes
ni hacer el papel del oso,
ni convertirme en baboso
perdiendo el tiempo en belenes.
Yo no sé hacer comisiones,
ni en qué convento hay maitines,
ni dibujar figurines,
ni rezar las oraciones.
Y como que nada sé
de todo eso que usted sabe,
es lo natural que acabe
dejándola para usté.

PEPITO. Oh!

EDUAR. La quise con locura
y hasta del cura la hablaba;
más como no se ablandaba
traté de ponerme en cura.

PEPITO. ¿Se curó usted?

EDUAR. ¡Ya lo creo!
Fuíme á ver á la vecina,
y encontré una medicina
infalible á lo que veo:
Soy en amor algo ducho.
¿Y usted, continúa esperando?

PEPITO. Siempre: mas voy sospechando
que no esperaré ya mucho.

EDUAR. ¿Es decir, que viene en puerta
su juego?

PEPITO. Mi comandante,
piénsome que sí.

EDUAR. ¡Ah tunante!
PEPITO. Yo tengo la puerta abierta.
EDUAR. ¡Perillan!
PEPITO. ¿Á que consigo
la mano de la viudita?
EDUAR. Pues si á la boda me invita
le serviré de testigo.
PEPITO. ¿Lo dice de corazon?
EDUAR. ¿Pues cómo lo he de decir?
¡Ah! Le queda por cumplir
hoy alguna comision?
PEPITO. ¡Caracoles! Me olvidaba
de ir á ver al tapicero.
EDUAR. Vaya usted, vaya ligero
que si la bella se enfada...
PEPITO. Pero...
EDUAR. Vaya usté al instante.
PEPITO. Pero...
EDUAR. Señor don Pepito,
que vaya usted le repito.
PEPITO. Pero... Adios, mi comandante.
(Váse precipitadamente al ver un ademan amenazador de Eduardo)

ESCENA VII.

EDUARDO.

¡Qué lástima de polluelo!
Juro á ustedes por quien soy,
que hasta enternecido estoy
considerando su anhelo.
Viene, suspira, se sienta,
calla; vuelve á suspirar;
y despues empieza á dar
de sus comisiones cuenta.
Así lleva un año entero
que ha contado dia tras dia,
llenando junto á Sofía
las funciones de faldero.
«¡Pepito, busca!» y Pepito

suspira y echa á buscar.
«¡Tráelo aquí! ¡Trae!» y al llegar...
«¡Busca otra vez!» ¡Angelito!
Él viene, va, trae y espera
á ver si le dicen toma;
pero acabará la broma
por un despiadado fuera.
Y á pesar de sus monadas
de perrito inteligente,
el mísero adolescente
saldrá á cajas destempladas.
En cuanto á la baronesa,
su rigor no me acoquina,
pues tengo una medicina
con la que el desvío cesa.
Hoy ya la eficacia siente
de mi tratamiento físico:
¡ah! no hay mejor específico
que la vecina de enfrente.
No hay tus tús al perro viejo,
baronesa encantadora;
este corazon te adora
y en conseguirte no cejo.
¡Qué es cejar! Mengua sería
y para el cuerpo baldon
que abandonara el cañon
un jefe de artillería.
Siga la bola rodando.
Pepito yendo y viniendo,
la niña coqueteando,
y yo á la brecha, atacando
hasta rendirla venciendo.

ESCENA VIII.

EDUARDO y SOFÍA.

EDUAR. Pero ella viene. ¡Atencion,
fir...mes! ¡Á la batería!
(Abre el balcon y empieza á hacer señas, en cuya ocupacion le sorprende Sofía al salir.)

SOFIA. ¡Calle! ¡Me gusta el descaro!
EDUAR. ¡Encantadora! ¡Divina!
SOFIA. (¡La requiebra! ¡Pero, cómo
es que está aquí todavía
este hombre!) Caballero. (Alto.)
EDUAR. La amo á usted, la adoro, Mina.
SOFIA. (No me atiende.) Señor mio.
EDUAR. (Se vuelve fingiendo sorpresa.)
¡Ah¡ Dispénseme, Sofía,
me hallaba tan preocupado,
y tan absorto...
SOFÍA. Mentira
me parece que á tal punto
quiera llevar su osadía,
que despues de haberle dicho
que está aquí de más, persista
en seguirme molestando
con su presencia.
EDUAR. No siga,
no siga usted, baronesa,
ya comprendo que debía
de haber salido al instante
de esta casa; pero, hija,
si usted supiera...
SOFIA. No quiero
saber nada.
EDUAR. ¡Mi desdicha
no tiene igual! (Se deja caer en un sillon.)
SOFIA. (¡Y se sienta!)
EDUAR. Si es usted caritativa
cuanto es hermosa, la ruego
que me escuche.
SOFIA. Estoy de prisa.
EDUAR. Sí, va usté á saberlo todo.
SOFIA. No señor. ¡Ay qué manía!
EDUAR. Óigame.
SOFIA. Que no oigo nada.
EDUAR. ¡Sí por Dios! Sea usted la amiga
de este infeliz que la implora,
si es preciso de rodillas,
no ya su amor sino lástima,
caridad. (Se levanta.)

SOFIA. Pero...
EDUAR. Sofía,
yo estoy loco, sí, estoy loco
y el doctor me pronostica
que iré á Leganés.
SOFIA. Buen viaje.
EDUAR. Sepa usted que cada dia
estoy más enamorado.
SOFIA. (¡Ah! Vuelve á mí!)
EDUAR. (Con exaltacion.) Sus pupilas
me han dejado ver un alma
que es gemela de la mia,
y la adoro, baronesa;
no hallo posible la vida
sin su amor.
SOFIA. (¡Ah!)
EDUAR. ¡Tengo fiebre!
¡Mi corazon no palpita
sino por ella... ¡Por ella!...
SOFIA. ¡Cómo?... ¿Por...
EDUAR. Por su vecina
de usted, sí.
SOFIA. ¡Oh!... caballero...
y tiene usted sangre fria
para hablar á una señora
de sus groseras intrigas
con esa... mujer?
EDUAR. ¡Oh, basta!
SOFIA. Salga usted de aquí en seguida.
EDUAR. Pero por Dios...
SOFIA. No más burlas.
EDUAR. Señora, jamás creería
hallar un alma tan dura
bajo una forma tan linda.
Me arroja usted de su lado
sin piedad, cuando venía
á demandarla consuelos
porque la juzgué mi amiga,
mi hermana, mi madre...
SOFIA. ¡Cómo,
se burla usted?
EDUAR. Tal creía

encontrar en usted, cuando
mi corazon se hace trizas
desgarrado por los celos.

SOFIA. ¡Oh, qué insolencia!

EDUAR. Sofía,
me iré ya que así lo quiere,
pero no sin exigirla
un favor.

SOFIA. ¿Qué?

EDUAR. Me parece
que otro hombre solicita
el amor de...

SOFIA. ¡Qué insolente!

EDUAR. Estas sospechas me quitan
el sosiego.

SOFIA. ¿Y qué me cuenta?

EDUAR. Ese balcon tiene vistas
frente por frente á la estancia
de la hechicera miss Mina,
y desde allí sin ser visto
me constituiré en espía
de sus acciones. Prometo
no abusar.

SOFIA. ¿Es pesadilla
ó es verdad tanta insolencia?

EDUAR. No vendré más que de dia,
por la tarde, y por la noche
cuando no trabaje Mina
en el Circo.

SOFIA. ¡Basta, oh, basta!

EDUAR. ¡Ah! Mírela usted que linda!
Allí en su balcon... ¡Hermosa!

SOFIA. ¡Qué audacia!

EDUAR. ¡Ideal! ¡Divina!
Mírela usted.

SOFIA. (Cerrando con fuerza.) Caballero,
mi casa no se destina
para estacion telegráfica.

EDUAR. Pero...

SOFIA. Y ya que usted me obliga
llamaré quien le acompañe.
(Tira del llamador.)

EDUAR. Es usted tan compasiva
que no dudo enternecerla.
Volveré. (Se presenta Paula.)
PAULA. Señora...
SOFIA. (Á Paula.) Indica
al caballero el camino
de la calle. Si algun dia
se presenta en esta casa,
procurarás que le digan
que no estoy. Beso su mano.
EDUAR. Á los piés de usted, Sofía.
(Váse ésta, puerta derecha.)

ESCENA IX.

PAULA y EDUARDO.

PAULA. Señorito... (Presentándole el sombrero.)
EDUAR. ¿Quién me llama?
¡Hola, graciosa Paulina!
Ven aquí, cara de cielo.
PAULA. ¡Eh! Las manos quietecitas,
señor comandante. ¿Vamos?
EDUAR. ¿Y á dónde vamos, chiquilla?
PAULA. Que le ponga á usted al fresco
me encarga la señorita.
EDUAR. No tengo calor, mil gracias.
PAULA. Vaya, ande usted, no me riña
si sale del gabinete
y le ve aquí todavía.
EDUAR. ¿De verdad me ha despedido?
PAULA. Ya lo sabe usted.
EDUAR. No, hija,
lo que yo sé, es que la dije
que he de pasar hoy revista
al escuadron, y no quiso
prolongar más la visita
para no quitarme el tiempo.
PAULA. Todo lo toma usté á risa.
EDUAR. ¡Ajá! Adios, hasta la tarde.
PAULA. ¡Cómo hasta la tarde! ¡Olvida
usted lo que hace un momento

me mandó la señorita?
EDUAR. No sé nada. ¿Qué te ha dicho?
PAULA. Que la entrada está prohibida
para usted.
EDUAR. ¡Quiá! Te equivocas.
PAULA. Eh?
EDUAR. Que te equivocas, niña.
Lo que tu señora quiere
es que apenas me apercibas
en el portal, á esta sala
me introduzcas de seguida.
PAULA. Nada de eso.
EDUAR. ¿Quieres pruebas?
PAULA. Hombre, sí: gracia tendría
el probarme lo contrario
de lo que escuché yo misma.
EDUAR. Pues aquí las pruebas tienes
de tu error. (La da dinero.)
PAULA. ¡Cinco!
EDUAR. Examínalas
á ver si su testimonio
te deja bien convencida.
Hasta luégo. (Váse.)
PAULA. Abur y gracias.
¡Cinco duros de propina!
Á pruebas tan convincentes
no hay conciencia que resista.

ESCENA X.

PAULA y PEPITO.

PEPITA. ¡Ah, já, já! ¡Pobre Eduardo!
Allá va por la escalera
corrido como una mona.
¡Ah, já, já, já! De esta hecha
mi triunfo está asegurado.
¡Eh, Paula! ¿Y la baronesa?
PAULA. Ahí está en su gabinete.
PEPITO. Pues corre, no te detengas,
avísale mi llegada.
PAULA. Voy. Pero aquí viene ella.

PEPITO. (Ah, já, já! ¡Pobre artillero!)
PAULA. (Á este monote, de buena
gana le daba yo un trepe...
¡Qué cargante y qué postema!) (*Váse foro.*)

ESCENA XI.

PEPITO y SOFÍA.

PEPITO. Baronesa...
SOFIA. (*Con ironía.*) Señor mio,
le doy mil enhorabuenas.
PEPITO. Eh?
SOFIA. Cumple usted mis encargos
con bastante inteligencia.
No tiene usted precio.
PEPITO. Hermosa...
SOFIA. Déjeme usted de simplezas.
PEPITO. Pero...
SOFIA. Supo usted librarme
del artillerito: buena
sofocacion me dió el mozo.
PEPITO. ¿Pues qué ha dicho?
SOFIA. De insolencias
más de un millon.
PEPITO. ¿Habrá osado?...
SOFIA. Ha venido á darme cuenta
de que está loco de amores...
PEPITO. ¿Por usted?
SOFIA. Si por mí fuera,
de seguro que en decírmelo
no pecara de insolencia.
La que le sorbe los sesos
es esa... titiritera...
PEPITO. ¡Ah! La vecina de enfrente,
me lo ha dicho.
SOFIA. En mi presencia
se atrevió á llamarla hermosa
y celestial y hechicera
y no sé cuantos primores.
PEPITO. Pero en eso, baronesa,

francamente, no veo nada
digno de que usted se ofenda.

SOFIA. Será usted corto de vista
como lo es de inteligencia.

PEPITO. ¡Oh! Necesito cristales
de una extraordinaria fuerza,
mire usted. (Mostrando los lentes.)

SOFIA. Quite allá.
(Se pasea agitada.)

PEPA. Bueno,
señora, como usted quiera.

SOFIA. Ese hombre, que hace un año
me colmaba de finezas,
que galante cual ninguno,
me trató como si fuera
yo la reina de su alma
y él mi esclavo...

PEPITO. Baronesa...

SOFIA. El que mi menor capricho
miraba cual ley, me deja,
se va, me olvida y no sólo
me abandona y me desdeña,
sino que viene á mi casa
cuando ménos se le espera
á decirme que está loco
por...

PEPITO. Por miss Mina la inglesa,
que levanta con les dientes
seis hombres y una carreta.

SOFIA. ¿Y cree usted que en referírmelo
no hay motivo á que me ofenda?

PEPITO. Como usted negó su mano
al comandante...

SOFIA. Él se venga
con mucha razon. ¿No es cierto?

PEPITO. Yo no diré que lo sea,
pero usted debe prohibirle
que á pisar su casa vuelva.

SOFIA. ¡Oh! Si usted fuese otro hombre...

PEPITO. ¿Querría usted que me batiera
con un Fierabrás, señora?

SOFIA. ¡Qué necio es usted! ¿Quién piensa

en duelos? (Se sienta.)

PEPITO. Es que...

SOFIA. Pepito,
dejemos esto.

PEPITO. No crea
que me asustan militares,
pues yo... En fin, como usted quiera;
no me batiré, Sofía,
se lo juro. (Cambiando de tono.)
Pues ya queda
hecho el encargo.

SOFIA. ¿Qué encargo?

PEPITO. Las sillas y la marquesa
forrarán de azul celeste.

SOFIA. ¿Cómo azul?... No, hombre, grosella.

PEPITO. Pero...

SOFIA. Grosella le dije,
sino que usted no se entera
jamás. ¡Ay, ay, ay, qué torpe!

PEPITO. (Amostazado.) Vamos á ver, baronesa,
primero quiso usted lila,
luégo azul, y ahora desea
encarnado, despues verde,
mañana amarillo. ¡Ea!
pues de color de arco íris
y quedará usted contenta.

SOFIA. No se enfade usted ahora
por no volver...

PEPITO. ¡Ah! no crea
que lo digo por...

SOFIA. ¡Es claro!
por no volver á la tienda
á avisar que los asientos
han de ser...

PEPITO. Serán grosella.

SOFIA. Corra usted.

PEPITO. Corro al instante;
pero es azul, ó canela,
ó amarillo, ó colorado,
ó chocolate, ó manteca,
ó color de ala de mosca?

SOFIA. ¡Jesús, qué poca paciencia,

qué mal genio!

PEPITO. No, hermosísima.

SOFIA. Tic, tac, tic.

PEPITO. Hasta la vuelta.
(¡Oh! Nerviosa, muy nerviosa,
pero su fondo es...)

SOFIA. Grosella;
cuidado no se le olvide.

PEPITO. No señora. ¡Ay! ¡Hechicera! (Váse.)

ESCENA XII.

SOFÍA.

¡Pobre Eduardo! Á mi pesar
le he tenido que tratar
de un modo... ¿Mas qué he de hacer
¿Cómo contemporizar
con su extraño proceder?
Yo comprendo que estuviera
su amor propio resentido,
que á mi casa no volviera,
y hasta que me dé al olvido
por una titiritera.
Pero venirme á contar
los detalles de su amor,
y en mi casa á requebrar
á otra mujer... no señor,
no me lo puedo explicar.
¿Estará loco? Á fe mia
que sí (Pausa y transicion)
¡Cuánto me quería!
Yo tambien... ¿Mas qué viuda
no pone en tela de duda
volver á la Vicaría? (Se sienta.)
Vacilé, naturalmente,
y él, que peca de impaciente,
viendo cuánto lo dudaba,
pensó que le desairaba
y se fué con la de enfrente.
¡Qué lástima! Un artillero
tan cumplido, tan galan,

tan fino, tan caballero...
¡Si á mi pesar aún le quiero!
Es tan guapo y tan... tan...
(Eduardo avanza sin ser sentido y se coloca al lado de Sofía.)

ESCENA XIII.

SOFÍA y EDUARDO.

EDUAR. ¡Tan!...
¿Está usted tocando á fuego,
baronesa?
SOFIA. (Levantándose.) ¡Usted aquí?
EDUAR. Yo.
SOFIA. ¡Qué descaro!
EDUAR. ¡Ay de mí!
SOFIA. ¿Lo ha tomado usted á juego?
EDUAR. Yo?...
SOFIA. Su manera de obrar
no es la de un hombre de honor.
(Se dirige á tirar del llamador, pero Eduardo se adelanta, y asiendo el cordon con la mano derecha, tiende el brazo izquierdo en actitud de contener á Sofía.)
EDUAR. Hágame usted el favor,
señora, de no llamar.
SOFIA. Esto es...
EDUAR. Algo parecido
á una situacion de drama:
usted figura á la dama.
SOFIA. ¿Y usté al traidor?
EDUAR. Convenido.
SOFIA. Su conducta y su mal porte
le hacen digno del papel.
¡Oh! (Intentando de nuevo llamar.)
EDUAR. Deje quieto el cordel,
no me obligue á que le corte.
SOFIA. ¿Quizá á tal punto llevara
su audacia?
EDUAR. No, no, Sofía,

quise decir que lo haría
si el traidor desempeñara.

SOFIA. ¿Pues qué es usted?

EDUAR. El galan;
y éste de la dama implora
que le escuche.

SOFIA. No.

EDUAR. ¡Señora,
por el cielo!

SOFIA. Váno afan.

EDUAR. ¡Vamos!

SOFIA. ¡Mire usted que es mucho!

EDUAR. Oiga.

SOFIA. ¿No hay medio de echarle?

EDUAR. No.

SOFIA. Me resigno á aguantarle;
pero si habla no le escucho.
(Se sienta junto al velador, toma un abanico y le agita con fuerza.)

EDUAR. (Ya veremos.) La mujer
que se suele abanicar
cuando no quiere escuchar
es que rabia por saber.
(Movimiento de Sofía.)
Y yo que lo entiendo así,
voy á explicar francamente
mis visitas allá enfrente.

SOFIA. ¿Y qué me importan á mi?

EDUAR. ¿Lo ve usted, querida amiga,
cómo me estaba escuchando?

SOFIA. Yo? No es verdad.

EDUAR. Bueno.

SOFIA. ¿Cuándo?

EDUAR. Basta con que usted lo diga;
no me oye usted, no señora;
puedo decir sin temor
que despreciando mi amor
me arrojó...

SOFIA. (¿Qué dice ahora?)

EDUAR. Me arrojó usted de los cielos,
del eden de la ventura,
á caer en la locura

á que me arrastran los celos.
SOFIA. ¡Celos?
EDUAR. Yo vivía adorando,
y brillaba en lontananza
el astro de mi esperanza.
SOFIA. ¿Está usté representando?
EDUAR. No, mas recordando estoy,
puesto que nadie me escucha,
cómo vencido en la lucha
llegué á ser lo que ahora soy.
SOFIA. ¿Qué es usted?
EDUAR. En opinion
de una viudita adorable,
sólo soy un miserable
que no merece perdon.
Soy un hombre envilecido
é indigno de ser tratado,
pues cuentan que he profanado
los altares de Cupido.
SOFIA. No es solo eso. ¿Quién tolera
á un hombre que va... (Señalando el balcon.)
EDUAR. Sin duda;
por eso la hermosa viuda
me ha plantado en la escalera.
SOFIA. Pero usted, segun parece,
no lo quiere comprender.
EDUAR. Es que vengo á defender
mi causa.
SOFIA. No lo merece.
EDUAR. ¿De verdad?
SOFIA. Está perdida,
créalo usted.
EDUAR. Pues no lo creo,
señora, porque ya veo
que mi defensa es oida.
SOFIA. ¡Ah! no! no!
(Se levanta y va á sentarse en el sofá.)
EDUAR. Suele ocurrir,
que viendo á un hombre caer,
los demas sienten placer
contemplándole sufrir.
En las caidas morales,

la sociedad es testigo:
para el que cae, no hay ya amigo
ni hay quien remedie sus males.
Todos gritan ¡se manchó!
y al quererse levantar,
le rechazan sin mirar
por culpa de quién cayó.
Y hasta sucedió tambien
que la mano que impulsara
su caida, rechazara
al infeliz con desden.

SOFIA. ¿Qué me quiere usted decir?

EDUAR. Tan solo que, si he caido,
la culpa entera ha tenido
la que no me quiere oir.

SOFIA. ¡Cómo?...

EDUAR. Usted me rechazó
cuando yo la idolatraba,
y al ver que me despreciaba...

SOFIA. ¿Despreciarle?... Nunca.

EDUAR. No?

SOFIA. (¡Ah, me vendí!)

EDUAR. Á su pesar,
y sin poder evitarlo
me escucha.

SOFIA. No.

EDUAR. ¿A qué negarlo,
si al fin me ha de perdonar?

SOFIA. Nunca.

EDUAR. En su mismo rigor
me está usted dejando ver
que, arcángel más que mujer,
no sabe guardar rencor.

SOFIA. (Galante al fin.)

EDUAR. Yo la imploro
piedad. No me humillaría
á nadie.

SOFIA. ¿Á nadie?

EDUAR. (Arrojándose á sus piés.) Á Sofía
nada más, porque la adoro.

SOFIA. ¡Ah!

EDUAR. (Se rinde.)

SOFIA. (Ya respiro.)
EDUAR. (Su orgullo está satisfecho.)
SOFIA. (Sólo obraba por despecho...
no me olvidó.)
EDUAR. (Se levanta.) (Aquí un suspiro,
y á fingir la retirada.) ¡Ay!
SOFIA. (¡Suspira!)
EDUAR. ¡Adios!
SOFIA. (¡Se va!)
EDUAR. Adios, baronesa.
SOFIA. (¡Ah!)
EDUAR. (Cae de lleno en la emboscada.) (Saliendo.)
SOFIA. (¡Ah, no se entrega! Se fué!...)
(Corre á la puerta, llama; y como arrepentida de lo que ha hecho, vuelve al proscenio.)
Escuche usted... ¡Albornoz!
¡Ah! ¿Me habrá oido?...
EDUAR. (Volviendo precipitadamente.) Esa voz...
baronesa, llama usted?
SOFIA. Yo?
EDUAR. ¿Qué quiere!
SOFIA. No, si era...
Era en la casa de enfrente.
EDUAR. ¡Ah!
SOFIA. Quizá estará impaciente
la linda titiritera.
EDUAR. (Huye el bulto.)
SOFIA. Vaya pronto.
EDUAR. Sí señora, adios repito:
me iré, no venga Pepito.
SOFIA. ¡Eh?
EDUAR. Su amor.
SOFIA. ¿Yo amar á un tonto?
EDUAR. (Este fué el golpe mortal.)
Como él está enamorado
de usted, y usted no le ha echado
de casa, juzgué...
SOFIA. Muy mal.
EDUAR. No ha juzgado usted mejor.
SOFIA. ¡Pues entónces, la vecina?...
EDUAR. Sólo fué una medicina
aplicada al desamor.

SOFIA. ¡Ah! ¿Conque usted me confiesa...
EDUAR. Que á no haberme usté impulsado,
jamás hubiera yo dado
tal caida, baronesa.
SOFIA. Pero, en fin...
EDUAR. En fin, señora,
usted me ayudó á caer,
y se encuentra en el deber
de darme la mano ahora?
SOFIA. Pero...
EDUAR. (De rodillas.) ¡Socorro! ¡Favor!
¿Quién me quiere levantar?
¡Ay! ¡Ay!... ¿Me va usté á dejar
en el suelo?
SOFIA. (Riendo.) No señor. (Le levanta.)
EDUAR. ¡Oh, gracias!
SOFIA. (Vencí.)
EDUAR. (Triunfé.)
SOFIA. ¿Promete la enmienda?
EDUAR. Sí.
SOFIA. Es que como vuelva allí... (Enfrente.)
EDUAR. Nunca. (Ya no hay para qué.)
¿Accede usté á ser mi esposa?
SOFIA. Sí. (Qué buen susto he llevado
por haberlo ántes dudado.)
EDUAR. Yo sabré hacerte dichosa;
pero en arras de amor quiero,
ya que mi ventura es cierta,
poner hoy mismo en la puerta
á tu perrito faldero.
SOFIA. No comprendo.
EDUAR. Á don Pepito.
SOFIA. ¡Infelíz! ¡Tan complaciente
y servicial!
EDUAR. Es un ente
que me encocora.
SOFIA. ¡Angelito! (Campanilla.)
EDUAR. Llaman.
SOFIA. Él debe de ser.
EDUAR. Le despacho?
SOFIA. Como quieras.
EDUAR. Gracias. ¡Ay pollo! no esperas

lo que te va á suceder.
(Se oculta al fondo.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, PEPITO.

PEPITO. Héme aquí, hermosa: esta vez
no dirá que hubo torpeza;
como que todo el camino
fuí repitiendo, grosella,
(Eduardo se coloca junto á él.)
grosell... ¡Ah, mi comandante!
EDUAR. Servidor. ¿Tanta sorpresa
le proporciona mi vista?
SOFIA. (¡Pobre chico!)
PEPITO. Como quiera
que he tenido la alta honra
de decirle...
EDUAR. Hay coincidencias
muy extrañas, señor mio.
Ahora soy yo quien le ruega..
¿Es de usted este sombrero?
(Presentándoselo.)
PEPITO. Y de usted.
EDUAR. Mil gracias. Tenga
la bondad de... ¿Me comprende?
PEPITO. Pero, qué es esto? ¿Me echan?
EDUAR. Es usté un lince. Mi esposa
le suplica que no vuelva.
PEPITO. ¡Oh!
EDUAR. La he comprado un perrito
de esos que traen y llevan
á la mano...
PEPITO. (Á Sofía.) ¿Usted permite!...
SOFIA. Es mi esposo quien lo ordena.
PEPITO. ¿Su esposo?... ¡Su esposo! ¡Ingrata!
¿Así paga mis finezas,
mi amor?... Yo sabré vengarme:
él me enseñó su sistema,
é iré á ver á la vecina,
me enamoraré de ella,

lo mismo haré que él ha hecho
con las propias consecuencias,
y... (Eduardo le toma del brazo, llevándole á la puerta.)

EDUAR. Adios, señor don Pepito,
sabe usted que se le aprecia.

SOFIA. ¡Infeliz! Me ha dado lástima.

EDUAR. ¡Bah! Ya buscará ama nueva,
y verás, haciendo encargos
lo pronto que se consuela.
¿Y tú, eres dichosa?

SOFIA. Mucho:
pero mucho más lo fuera...

EDUAR. Acaba.

SOFIA. (Por el público.)
Si estos señores
nos tratan con indulgencia...

FIN.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

Consuelo... de tontos..................	1	Sres. Granés y Varios...	L.
Contra ira paciencia...................	1	D. Federico de Olona..	L.
Dudas y celos.........................	1	C Navarro.........	L. y M.
El salto del Gallego..................	1	Sres. Granés, Navarro y Nieto...............	L. y M.
Las ferias............................	1	Sres. Barranco, Ossorio, y Bernard.......	L. y M.
Los dos cazadores.....................	1	D. G. Cereceda........	M.
Los duelos con pan son menos.	1	Sres. Povedano, Granés, y Prieto........	L. y M.
Ternera, 7, 3.º.......................	1	Sres. Navarro y Cuartero	L.
El hijo de la bruja.	3	D. Emilio Álvarez.....	L.
Juana, Juanita y Juanilla.............	3	Emilio Alvaréz.....	L.
La banda del Rey......................	3	Sres. Álvarez y Caballero..........	L. y 1/2 M.
Sobre ascuas..........................	3	D. Emilio Álvarez......	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, números 18 y 20.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.